

¿Tú te acuerdas de lo que es vivir en libertad?

“No. A mí se me ha olvidado lo que es pasear por mi ciudad libre”. Borja Sempere, concejal del Partido Popular en Irún, lleva escolta desde los 19 años. Tiene 26 y “la sensación de que [ha perdido su] juventud”. Este es uno de tantos testimonios escalofriantes que componen el macabro mosaico de “La cara oculta de Euskadi”, un documental que *La vuelta al mundo* de Veo 7 emitió hace pocas noches. Todo es real, nada es una exageración: por desgracia, en el País Vasco (y Navarra), la realidad supera a la ficción.

Este documental es (o al menos debería ser) una bofetada a todos y cada uno de los españoles. A los vascos y navarros que miran para otro lado, sí, pero también al resto de España que mira con lejanía esta realidad que late en nuestro país.

Es cierto que España vive en democracia y libertad desde la Transición. Pero no toda España. Por que jamás aceptaré como normal que en una sociedad un colectivo tenga que mirar todas las mañanas los bajos de su coche para asegurarse de que no va a saltar por los aires al arrancar. Que otro colectivo se dedique a poner bombas-lapa en los coches. Y que la mayoría del resto de esa sociedad prefiera mirar para otro lado.

Como escribe Fernando García de Cortázar en *Los perdedores de la Historia de España*, en el País Vasco “a la dictadura de un general le ha sucedido la tiranía del terrorismo”. Sí, tiranía dirigida por los pistoleros de ETA, pero marcada a fuego en el alma de los vascos por sus hordas callejeras. Una masa social (“izquierda abertzale” la llaman) que se retroalimenta de la mentira: para justificar que su delirio nacionalista tenga que imponerse mediante una orgía de sangre y dolor, los proetarras repiten su mantra: autodeterminación, ocupación, torturas, GAL, dispersión... autodeterminación, ocupación... Todo ello sobre una mitología etnolingüística (que sería la envidia de Hitler) que se transmite de padres a hijos en el caserío, de profesores a alumnos en las ‘ikastolas’ (escuelas que enseñan el modelo D, es decir, en vascuence y encerrado en su Euskal Herria), de colega a colega en la ‘herriko taberna’, que en realidad descansa sobre el defecto habitual de inventarse un enemigo al que echarle las culpas de todo lo malo, y ante el que el todo vale.

Hay mucha gente que habla de la alta calidad de vida del País Vasco, por su nivel de renta, paisajes, servicios... Pero olvidan que de vuelta del trabajo un grupo de ‘borrokas’ puede parar el autobús en que vas a casa, obligarte a bajar, e incendiarlo como ofrenda a la patria vasca. Olvidan que son miles (unas 200 mil) las personas que han tenido que abandonar su tierra por que no soportaban seguir viviendo en ese ambiente, emponzoñado por el veneno de la serpiente que se enrosca en ese hacha que en cualquier momento, y por cualquier motivo, podría caer sobre ellos. Por que, como cantan en el vídeo los ‘cachorros’ de ETA mientras tiran piedras a la Ertzaintza en el casco viejo de San Sebastián, “el que no se agache... ¡pim, pam, pum!”.

Por esto tenemos la obligación como españoles de acabar con esta lacra fascista que oprime a una parte de España. Tenemos que convencernos de que podemos y debemos terminar con la dictadura de ETA; primero nosotros, y después a aquellas personas del País Vasco y de Navarra que, como el taxista que conduce a la reportera por Bilbao, creen que “la gente normal tampoco podemos cambiarlo. (...) Lo único que uno cree es que llevamos 25 años y no han arreglado nada. Si seguimos así podemos estar otros 25”.

No podemos desviar la mirada de un lugar donde la hermana de Gregorio Ordóñez no puede celebrar una misa en memoria de su hermano asesinado, por que el sacerdote, como uno de Oyarzun (Guipúzcoa), dice que para ellos, “una víctima del terrorismo, o un terrorista muerto... es lo mismo”. No podemos cerrar los ojos ante una situación en la que los profesores de universidad no pueden hablar del “PIB español” o en la que a los niños que estudian en la ‘ikastola’ no les dejan hablar en castellano. No podemos permitir que mil personas tengan que vivir con escolta o que decenas de miles se tengan que exiliar. No podemos mirar con pasotismo a más de 800 familias desgarradas por el fanatismo etarra. Ninguna sociedad sana puede mirarse al espejo y ver este horror sin reaccionar.

Así acaba su “Elegía de los olvidados” Fernando García de Cortázar: “¿Qué escribirá el Tácito futuro de un territorio en el que se persigue al que discrepa de una ideología hermana del nazismo, donde aún se homenajea al verdugo y se aplaude al fanático? Quizá, que allí todo era falso: falsa la historia, falsa la pedagogía, falsa la política, falsas las promesas. Que ésta es la condición para que se presente como real. De hecho es lo único real. De hecho es nuestra última derrota”.